

Lecturas y visiones de la batalla de Bussaco (1810, Portugal) en la literatura y la pintura del siglo XIX

Isilda LEITÃO
ESHTE y IELT (Universidade Nova de Lisboa)

La batalla do Bussaco, llevada a cabo en la sierra con el mismo nombre, acaece en 1810 con la casi definitiva derrota de Napoleón Bonaparte en tierras portuguesas. En esta misma sierra se yergue, desde el siglo XVII, el Desierto de los Carmelitas Descalzos, igualmente célebre tanto durante la estancia de sus monjes como tras la apertura de su espacio a visitantes laicos, convirtiéndose en un polo de atracción para *viajeros cultos*, religiosos o no. Estos expresan sus impresiones, tanto de la batalla como del lugar habitado por los monjes carmelitas, a través de la literatura y de la pintura, algunas de las cuales son consecuencia de peticiones reales.

Con este artículo, abordaremos brevemente el periodo de las invasiones francesas en Portugal y la importancia de la batalla de Bussaco en la última, pretendiendo destacar algunos testimonios de viajeros nacionales y extranjeros que, al visitarlo o evocar de un modo estético el campo de batalla, no dejaron de expresar sus impresiones.

Como metodología, adoptamos una perspectiva histórico-cultural, apoyándonos sobre todo en el método descriptivo.¹

1. Las invasiones francesas, en Portugal, y la batalla de Bussaco²

O exercito de Massena entrou em Coimbra, no dia 30 de Setembro [1810], levando na frente o exercito aliado, como respeitável guia, que até às linhas de Lisboa lhe ia

1. Sabemos, hoy en día, que los estudios científicos sobre la construcción de la imagen de un lugar, en la perspectiva del turismo, especialmente en su vertiente de turismo cultural, resultan de abordajes interdisciplinarios, en el que el patrimonio material (arquitectura, artes, geografía, flora, costumbres) e inmaterial (literatura, en sus variadas vertientes; historia; música) se entrecruzan con áreas tan diversas como la gestión, el marketing, la planificación u otras áreas de conocimiento.

2. El topónimo Bussaco puede aparecer con la grafía antigua (Bussaco) o la actual (Buçaco). Seguimos, en este texto, las dos grafías.

mostrar o espaço, que não podia ultrapassar, e do qual até ao seguinte Março [1811] havia de retroceder para nunca mais voltar (Forjaz Sampaio, 1864: 52).

La Revolución Francesa (1789) —por las convicciones ecuménicas y por el ideal de libertad que transmitía, ansiada, entre otros, por intelectuales como Mozart³ (1756-1791) o Manuel Maria Barbosa du Bocage⁴ (1765-1805)—, y a la par que ella la revolución industrial inglesa del siglo xviii van a originar una crisis política, ideológica, cultural de los antiguos regímenes, abriendo un ciclo que solo llegaría a terminar, según algunos pensadores, con la Primera Guerra Mundial (1914-1918), mientras que para otros el «fin del mundo antiguo» (Alexandre Adler) sucedería el 11 de septiembre de 2011.

En la primera mitad del siglo xix, en el que los conflictos armados fueron una constante, se enfrentaron así dos tipos de poderes beligerantes; naciones y sistemas políticos. Este tipo de enfrentamiento dará origen a que la política interna y la política internacional de los gobiernos europeos aparezcan íntima y bélicamente vinculadas entre sí, situación que se repetirá en el siglo xx.

De este modo, los antiguos regímenes de Europa se enfrentaron políticamente a Francia como estado, con sus anhelos político-económicos, y a Francia como símbolo de destrucción de la tiranía y de las fuerzas conservadoras, que estos regímenes representaban, símbolo que se mantendrá vivo dentro y fuera del espacio europeo. O sea, si los gobiernos europeos tenían que defenderse externamente contra las invasiones francesas, por otro lado en el interior, en cada país, la defensa conservadora, castiza, iba contra la propagación de los ideales de la revolución, adoptados por las fuerzas más progresivas de la sociedad, los *afrancesados*. De forma paradójica, el imperialismo francés, sobre todo en el caso de las antiguas naciones como las de la Península Ibérica, iría a provocar, en el periodo de las invasiones, auténticas reacciones nacionalistas contra el invasor, a las que no eran ajenos los intereses económicos de las potencias asistentes de esa independencia de cara a Francia, entre ellas Inglaterra.

Entre 1793 y 1795, el ejército luso-español es vencido por las tropas francesas en la campaña de Rosellón. España, en 1796, cambia su posición, se vuelve aliada de Francia, que exige la neutralidad portuguesa. Como Portugal no cede, en 1801 Manuel Godoy, aliado de Francia, invade Portugal y vence a las tropas portuguesas, en episodios bélicos que se conocerían como la «guerra de las naranjas». Esta costará a Portugal la pérdida de Olivenza, ganando España igualmente territorios en el Amazonas. A pesar de los esfuerzos diplomáticos y de la

3. Recordamos la ópera *Flauta mágica*, compuesta en el año de su muerte.

4. Recordamos la época en que el escritor portugués defiende los ideales de la razón y de la libertad, en sonetos como «Aspirações do Liberalismo suscitadas pela Revolução Francesa e Consolidação da República em 1797», del mismo modo en que toma a Napoleón Bonaparte como símbolo del ideal burgués de la época, dedicándole el soneto «Por ocasião dos favoráveis sucessos obtidos na Itália por tropas francesas, sob o comando de Bonaparte, em 1797» (Bocage, 1978: 94-95).

declaración de neutralidad portuguesa, frente a la evidente inestabilidad, temiendo por partida doble a potencias como Inglaterra (pérdida de Brasil) y Francia (pérdida de Portugal), la familia real portuguesa, encabezada por el príncipe regente, futuro rey Juan VI (1816-1826), una parte de la nobleza principal, del gobierno, de los tribunales y de las fuerzas armadas, parte para Brasil el 29 de noviembre de 1807, después de que hubiera decretado Napoleón (que dominaba prácticamente el continente europeo), a países neutrales como Portugal y Dinamarca,⁵ el bloqueo continental a Inglaterra (que dominaba los mares) y de haberlos incitado a acompañarlo en el esfuerzo bélico contra ella.

A pesar del Tratado de Fontainebleau, firmado en 1807 por Godoy y Francia,⁶ a cambio de otra ofensiva franco-española contra Portugal, el Consejo de Madrid descubre la intentona a la que no prestará apoyo. Tampoco España, debilitada en diversas vertientes, se librará de Napoleón. En un país ya ocupado clandestinamente por los franceses, Carlos IV (1788-1808) abdica (1808) a favor de su hijo. Sin embargo, a pesar de la tentativa de fuga de Fernando VII (1808-1833) a las colonias americanas, la familia real española, al contrario de la portuguesa, será llevada como prisionera a Francia (Valençay), después de haber obligado a abdicar al rey español, sin resistencia y por orden de Napoleón, a favor de José Bonaparte (1808-1813), su hermano.

El gobierno de Lisboa se somete al «plan continental» del emperador, con el fin de prevenir una invasión, mientras negocia con Inglaterra un no ataque a Brasil. Mientras tanto, la Francia de Napoleón Bonaparte invade por tres veces Portugal. En la primera invasión, el general Junot, después de atravesar la Península Ibérica, entra en Lisboa el 30 de noviembre de 1807, sin haber encontrado resistencia, de acuerdo con la política real portuguesa, tanto del Consejo de Regencia como de la población. El 1 de febrero de 1808, Junot informa que por voluntad de Napoleón la dinastía de Bragança dejará de reinar, desapareciendo los símbolos portugueses u ocultándolos en los edificios públicos. La ciudad que los comandantes franceses consideraban la «más rica da Europa» (*apud* Ramos, 2009: 442) ya era de ellos, y el pillaje, así como el impuesto de guerra cobrado por Napoleón, había comenzado. En 1808, solo el archipiélago de las Azores era portugués, visto que la isla de Madeira había sido conquistada y ya la gobernaba Inglaterra desde 1807 (diciembre), retornándose únicamente a los portugueses en abril de 1808.

Los franceses también desarmaron al ejército portugués y a las milicias, lo que vino a dificultar el combate en el campo de batalla, aunque este hecho no impidió que se constituyeran milicias populares, sobre todo en la zona montañosa del norte y centro, de forma análoga a lo que ocurriera con la facción anti-francesa española, desarrollándose una auténtica «guerra de guerrilla», como

5. Su capital y su flota son destruidas por un ataque inglés, cuando esta declara su adhesión a Francia.

6. Cuyos términos serían dividir Portugal: el norte, para una princesa española (reina de Etruria); el sur, para Godoy, que se autoproclamó príncipe del Algarve; el centro, incluyendo Lisboa, para los franceses.

las «pandillas y guerrillas» de Espoz y Mina, en Navarra, o del Empecinado y del padre Merino, en Castilla, inmortalizadas posteriormente, entre otros, por Pío Baroja (1872-1956) en *Aviraneta, o la vida de un conspirador* (1913-1935). Estos movimientos acabarán por volverse progresivamente un movimiento de masas que se levanta contra el invasor con una actitud política consciente, pasando a ser controlados por el ejército regular y por la población civil.

El levantamiento patriótico de Madrid, de 2 de mayo de 1808, contra la imposición de José Bonaparte como rey de España, marca simbólicamente la fecha histórica del patriotismo español, inmortalizada por Goya en sus obras «El 2 de mayo de 1808» y «El 3 de mayo de 1808» (ambos de 1814, momento del retorno de Fernando VII al trono). En Portugal, la rebelión estalla en el norte en los meses de junio y julio de 1808, en días por lo general consagrados a la evocación de santos populares y de mayor actividad litúrgica, extendiéndose por todas las ciudades y villas de Portugal, aun cuando un documento, escrito en Brasil, de 1 de mayo de 1808, el *Manifiesto o exposición fundada de la corte de Portugal*, solo conocido en junio, se considere la fecha simbólica, en términos diplomáticos, que marca el inicio de la guerra contra el invasor.

A partir de esa fecha, el movimiento de la Restauración de la Independencia (en Portugal, de 1808 a 1811, en España, de 1808 a 1814) no parará de crecer, reforzado por lo pactos de alianza conjunta de las Juntas Provisionales de Gobierno portuguesas y de sus congéneres españolas, constituidas por los «pueblos», autoridades militares, clericales y judiciales. Por otro lado, la insurrección ibérica abrirá el campo de operaciones, en la Península, a Gran Bretaña. A pesar de la feroz represión de Junot, los ingleses desembarcan en la desembocadura del río Mondego (1 de agosto de 1808) y el ejército luso-portugués derrota al invasor en las batallas de Columbeira, Roliça y Vimeiro, siendo los franceses evacuados posteriormente del país (setiembre 1808). Las Juntas se disolvieron y, británica y monárquicamente, se restableció el Consejo de la Regencia de Lisboa.

En marzo de 1809 se produce la segunda invasión, llevada a cabo por cerca de sesenta mil hombres, que entra por la región del Miño (Norte), dirigida por el mariscal Soult (duque de Dalmacia), asistido por los generales Junot y Ney, que encontrará inicialmente la resistencia del general Moore, pero que devastará la ciudad de Braga y provocará un dramático accidente, que marcará la historia portuguesa: el desastre del puente de las Barcas, que liga Vila Nova de Gaia a Oporto. Dada la fragilidad de la construcción, unas barcas fluctuantes, estas se hundieron, provocando la muerte de centenares de habitantes que huían de los franceses. Entre tanto, Inglaterra insiste en el auxilio a Portugal, enviando al coronel inglés Robert Wilson a Oporto, que equipa e instruye a un cuerpo de tropas portuguesas a la que llamó Leal Legión Portuguesa que, en conjunto con las tropas de Wellington (que ya había combatido en la primera invasión), el 12 de mayo de 1809, consiguen repeler al invasor que se había apoderado de la ciudad. Por su lado William Beresford, que en 1807 ya había ejercido funciones de co-

mandancia en la isla de Madeira (cf. Vicente, 2006: 82-83), fue por segunda vez a Portugal, encargado de organizar al ejército portugués,⁷ combatiendo igualmente, entre otras, en la batalla de Bussaco. Le ayudó en esta tarea el duque de Wellington.

En España, el esfuerzo en la guerra del ejército de Wellington, en julio de 1809, no tuvo mucho éxito, a pesar de sus victorias sobre el de José Bonaparte, destacando la de Talavera de la Reyna, dada la «falta de apoyo dos espanhóis e problemas logísticos» (Ventura, 2011: 246). Entre la primera y la segunda invasión francesa, el territorio español ya estaba en la práctica tutelado por los franceses, excepto la zona de Cádiz. En esta ciudad, en 1812, se celebran las famosas Cortes, de las que resulta el régimen constitucional y la Constitución liberal (*la Pepa*), que serviría de base a la Constitución portuguesa de 1821.

En junio de 1810, se produce la tercera invasión francesa en Portugal. Un ejército con más de ochenta mil hombres, comandados por el general Massena (príncipe de Essling) y acompañándolo el comandante Ney, y los generales Junot y Soult (que ya habían estado en el país), entra en Portugal, dirigiéndose a uno de los «muros de la nación», la fortificación de Almeida (Beira Alta), que se toma con facilidad, dado que revienta el depósito de municiones. Tras pasar por otras ciudades y villas portuguesas, abandonadas debido a la política de «tierra quemada» aconsejada por Wellington (abandono y despoblación de ciudades, villas y aldeas, llevándose sus habitantes lo que pudiesen para que los franceses quedaran debilitados), Massena llega a la cordillera de Bussaco, donde el ejército luso-inglés (con la colaboración de los húsares de la King's German Legion del lectorado de Hannover, Alemania, que desde la primera invasión integraban el ejército inglés), dirigido por Wellington, asistido por hombres de armas como el mariscal Spencer, Beresford, el general Craufurd y el portugués Fonseca, con cerca de setenta mil hombres, lo espera, sacando partido de la constitución accidentada del terreno y de la niebla matinal que caracteriza el lugar, aun cuando este se revelase ambiguo para ambos lados. La victoria luso-británica, tras un combate desde el amanecer hasta la puesta de sol, es total.

La derrota de 27 de setiembre de 1810, en Bussaco, determinó de forma distinta la historia de Portugal y Europa, fue la primera derrota de un gran ejército napoleónico (cerca de cien mil hombres) y ante el fracaso global de la campaña peninsular francesa (Duque, 2012: 14), Massena seguirá a Wellington hasta las desconocidas, para él, Líneas de Torres Vedras, no encontrando ni a su ejército, ni prácticamente nada ni a nadie en su camino, lo que le debilitó, después de la partida de los franceses, habituados al pillaje como forma de aprovisionamiento.

7. William Beresford (y lo que él representa, el intento de «colonización» británica de Portugal) solo saldrá de Portugal gracias a la revolución liberal de 1820 que, expulsando a los ingleses que se habían instalado aquí tras la derrota francesa de 1810, restituyó definitivamente la soberanía al país.

Las Líneas de Torres, construidas en secreto entre 1809 y 1810, se revelaron como uno de «los sistemas militares más eficaces del mundo». Comprendían tres líneas defensivas, con 152 fortificaciones, situadas en una región accidentada con 88 kilómetros de extensión, entre el río Tajo y el océano Atlántico, que los ingenieros británicos Fletcher y Jones, acatando el plan de defensa de Wellington (que tenía como base la memoria y el mapa del terreno realizado por el ingeniero portugués Neves Costa) concibieron y planificaron:

[...] en colaboración estrecha con [...] la población portuguesa [...]. El plan de defensa de Wellington se basaba en un espacio fortificado, protegido por un conjunto de obras militares dispuestas en líneas, defendiendo los accesos a la capital. Al mismo tiempo servía de refugio al ejército anglo-luso y a los populares [...] defendidos por casi 140 mil soldados [... estas Líneas se han transformado] en el mayor sistema de la Historia [...] (Rosinha, 2011: 5 y 11-12).

Tras tres años de saqueos, devastación, destrucción, provocada por los franceses, pero también por los ingleses, el ejército francés abandona Portugal en 1811.⁸

Malafaia menciona, a propósito de la inicial no colaboración inglesa en estas invasiones:

[...] embora por nós solicitado, antes e por quatro vezes, o apoio da Inglaterra, esta sempre o negou, retirando mesmo, em determinado momento, os quatro regimentos e a artilharia que tinha em Portugal. Admite-se que assim procedeu por *sentir*, na provável ocupação de Portugal pela Espanha, a criação de uma excelente oportunidade para nos *defender*... partindo do Brasil para o assalto às colónias espanholas da América do Sul, para utilidade do seu comércio (2011: 218-219).

Como apunte, es curioso verificar cómo van circulando los modelos culturales. En un país huérfano de rey, el espíritu nacionalista portugués se reforzará más de una vez, en un período de crisis, con la reaparición de la creencia *sebástica* de un «Deseado». El mesianismo parece desarrollarse igualmente en España, en esa época, una vez que el rey español Fernando VII, prisionero de los franceses, será también «El Deseado», hasta recuperar la corona en 1814 a pesar de, para los liberales que lo ayudan a liberarlo, haber dejado rápidamente de serlo...

8. El Congreso de Viena de 1815 pondrá fin al período de las invasiones napoleónicas, que se extenderán entre 1793 y esa fecha, y negociará las condiciones de paz entre las potencias contrarrevolucionarias (Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia) y la propia Francia que, al igual que ellas, restaurada la monarquía Borbón (1815-1830), «reconstruirán» el «equilibrio europeo» de los estados monárquicos, en detrimento de las aspiraciones nacionales de los diversos pueblos envueltos en la contienda.